

PLIEGO



Vida Nueva

160. 25/12/2016 -
21/01/2016

Volver a Nazaret

Carlos de Foucauld
en el centenario
de su muerte

JOSÉ LUIS VÁZQUEZ BORAU. Escritor y fundador
de la Comunidad Ecuménica Horeb-Carlos de Foucauld



Militar y explorador de Marruecos, tras su conversión vivió como ermitaño, monje, misionero aislado en el Sahara... Así fue Carlos de Foucauld. En el centenario de su muerte, que recordamos el pasado 1 de diciembre, recorremos el camino místico que le condujo a llevar la misericordia de Jesús a los más pobres y volvemos con él a Nazaret, a aquella vida de oración y fraternidad que fue el germen de los Hermanitos del Sagrado Corazón.

Desde que fue asesinado en Tamanrasset el 1 de diciembre de 1916, ahora hace cien años, múltiples han sido las interpretaciones que se han generado de la vida y los escritos de Carlos de Foucauld. Su mensaje ha sido interpretado de muchas maneras. Si no hubiera salido de la Trapa, y si hubiera muerto en Akbés, asesinado en el momento de la gran masacre de los armenios por parte de los turcos, su mensaje sería sin duda de una unidad más evidente, pero vivió como “ermitaño” en Nazaret; “monje” casi de clausura en Béni Abbès, y, finalmente, como “misionero aislado” en el Sahara, encarnado en el pueblo tuareg. Por tanto, se trata de captar a todo el Foucauld, sin olvidar la etapa previa a su conversión como militar y explorador de Marruecos.

Su camino místico comenzó con su conversión el año 1886, como fruto de investigaciones y caminos anteriores, instaurándose en Foucauld un amor apasionado hacia el Dios de Jesús, llegando a ser un “hombre que hace de la religión

un amor”, como lo describió el padre Huvelin, su padre espiritual, poco después de su conversión. Al inicio solo quería “vivir solo para Dios”. Pero, poco a poco, meditando las Escrituras, su amor apasionado por Jesús de Nazaret y, sobre todo, diversas circunstancias harán que sobrepase el horizonte inicial, que, como una cumbre,

culminó en su escrito eremítico-monástico de la Regla de 1899.

Cuando descubre que Jesús quiere compartir con todos su vida divina, se desarrolla un nuevo impulso: el amor apasionado por el prójimo, por los demás y, especialmente, hacia aquellos que no tienen, como él, que ha vivido la conversión, la atracción operada por Dios Amor. Después de quince años de vivir centrado sobre el Nazaret de una Santa Familia contemplativa, Foucauld deja este Nazaret para ir a anunciar “a las ovejas más abandonadas” ese Dios Amor, haciendo un Nazaret itinerante. A partir de 1901 y hasta su muerte, la voluntad de anunciar el Evangelio y de ser “salvador” con Jesús llega a ser lo primordial para él. Esto ocurre en dos fases: en la primera están los siete primeros años marcados por Béni Abbès, donde tiene una dependencia importante de la Regla monástica de 1899; en la segunda, a partir de 1908, con la edad de 50 años, da el paso decisivo más allá de su Regla y de toda clausura: la salida fuera en misión. Los siete últimos años, los de la madurez de Foucauld, están radicalmente marcados por la evangelización. (Todo este proceso queda muy bien reflejado en el libro de J. F. SIX; M. SERPETTE; P. SOURISSEAU, *El testamento de Carlos de Foucauld*, San Pablo, Madrid, 2006).

I. SU MOTIVACIÓN PRINCIPAL: LLEVAR LA MISERICORDIA DE JESÚS A LOS MÁS POBRES

El 29 de septiembre de 1900, el eterno viajero se encuentra de nuevo en el monasterio de Nuestra Señora de las Nieves (Francia), donde permanecerá un año, para realizar su retiro de diaconado y sacerdocio. Y es aquí donde toma conciencia de su misión: “Mis retiros me han revelado que aquella vida de Nazaret, que me parecía ser mi vocación, no debía llevarla en Tierra Santa tan querida, sino entre las almas más enfermas, entre las ovejas más descuidadas... En mi juventud había recorrido Argelia y Marruecos. En Marruecos, grande como Francia entera, con diez millones de habitantes, no había un solo sacerdote en el interior; en el Sahara, con una extensión siete u ocho veces mayor que Francia y mucho más poblado de lo que se creía en otro tiempo,

una docena de misioneros... Ningún pueblo me parecía más abandonado que estos...”.

El hermano Carlos fue ordenado sacerdote el 9 de junio de 1901 por monseñor **Montéty**, en presencia de monseñor **Bonnet**, obispo de Viviers, diócesis en la que estaba incardinado. Después de la ordenación permaneció en el monasterio hasta que se realizaron los trámites para su marcha a África del Norte. El 14 de octubre recibe la autorización del gobernador de Orán y parte al día siguiente hacia esta ciudad, primero, y hacia el sur, después, pasando por Ain-Sefra en dirección a Béni Abbès, oasis de muchísimas palmeras. El hermano escoge este lugar por la cercanía con Marruecos, la tierra que tanto quería y a la que esperaba volver algún día.

Hay que recordar que el 24 de abril de 1885 en la Sociedad de Geografía de París se leía el informe de **Henri Duveyrier** sobre el Reconocimiento de Marruecos realizado por Carlos de Foucauld, al que se le otorgó la medalla de oro, con estas palabras: “En once meses, del 20 de junio de 1883 al 23 de mayo de 1884, un hombre solo, el vizconde de Foucauld, ha duplicado, por lo menos, la longitud de los itinerarios cuidadosamente trazados en Marruecos (ha explorado 3.000 kilómetros)... Comprenderán ustedes que realmente se abre una nueva era; y no se sabe qué debemos admirar más: si esos resultados tan preciosos y tan útiles, o la dedicación, el valor y la abnegación ascética que han permitido a ese joven oficial francés llegar a obtenerlos”.

La gran exploración de Marruecos realizada por Foucauld, disfrazado de judío y acompañado de **Mardoqueo**, su guía de viaje, cambió profundamente su vida. Nadie que conociese su pasado podía adivinar su tenacidad en proseguir su camino a pesar de los obstáculos de toda clase; su paciencia ante las injurias; su constancia en tomar diariamente notas y croquis, viajando en los intervalos de descanso, poniendo en peligro su propia vida; la rapidez en discernir las secretas disposiciones de espíritus tan distintos del suyo; semejante poder de voluntad en la soledad moral, un régimen tan austero, un trabajo tan constante,

que revelan un gran dominio de sí mismo. Y también descubre a algunos musulmanes “viviendo constantemente en presencia de Dios”, lo que le dejó conturbado.

II. SIENDO AMIGO DE TODOS, “HERMANO UNIVERSAL”

El acceso a Dios, que es lo importante en toda acción misionera, se puede realizar de muchas maneras. Citemos las tres más importantes: a) a través de la belleza de la realidad, descubriendo el orden y la armonía; b) a través del amor desinteresado por el hermano, trabajando por la justicia y la paz; y c) a través de la amistad, que es distinta de la caridad, ya que esta es indiscriminada y se abre a todos los seres humanos, y, en cambio, la amistad implica preferencia por una persona determinada. De todos modos, la amistad incluye un componente universal, ya que se ama a un ser humano como se quisiese amar a toda la especie humana. En la auténtica amistad no debe haber ni dominio ni dependencia, como la imagen original y perfecta de la esencia de Dios, que tenemos en la Trinidad. Es lo que dice Jesús: “Que todos sean una sola cosa; como tú, Padre, estás en mí y yo en ti” (Jn 17, 21). Así, toda amistad auténtica, presidida por el afecto pero preservada de la dominación y de la dependencia, es una experiencia espiritual donde Dios se hace presente, ya que es Él quien posibilita la proximidad de dos seres humanos sin que peligre la autonomía de cada uno. En este sentido, la amistad sostiene la vivencia espiritual.

Carlos de Foucauld, además de intentar durante toda su vida no hacer distinción de personas y ser “hermano universal”, vivió la experiencia de amistad también con aquellas personas a las que había sido enviado. Así, hay que señalar la especial relación que le unió con **Moussa ag Amastan** desde el primer momento de su encuentro en junio de 1905. Gracias a este, Foucauld pudo instalarse en Tamanrasset. Moussa es el único tuareg que ha expresado en diferentes cartas sus sentimientos sobre el marabú Carlos de Foucauld. En una de estas, enviada después de la muerte del hermano Carlos, a su hermana, la señora **Marie de Blic** –como se puede leer en el libro

de **R. BAZIN**, *Charles de Foucauld. Explorateur du Maroc, ermite au Sahara, Nouvelle Cité, París, 1921, p. 466–*, dice: “Desde que me he enterado de la muerte de nuestro amigo Carlos, su hermano, mis ojos están cerrados, todo está oscuro para mí y he llorado. He llorado mucho y estoy de duelo riguroso. Su muerte me ha dado mucha pena... Carlos, el marabú, no está muerto solamente para ustedes, ha muerto también para nosotros. Que Dios le dé misericordia y nos podamos reunir en el paraíso”.

El año 1910, en una carta al padre **Laurain**, Carlos de Foucauld escribe: “En algunas visitas sinceras entre las capas más diversas de esta población, algunos me tienen mucha confianza, y con otros, si bien no tengo comunicación íntima, sí hay relaciones amistosas. Esto es significativo, dada la extensa distancia que existe entre esta nación y nosotros” (*Lettre au père Laurain*, 27 de noviembre de 1910).

El hermano Carlos también conoce y tiene relación de amistad con otros tuareg, como le dice a su amigo **Garnier** en 1913 (*Lettre à Garnier*, 23 de febrero de 1913. Archivos de la Postulación): “He aquí, como mínimo, cuatro ‘amigos’ en los que puedo confiar del todo. ¿Cómo nos hemos hecho amigos? De la misma manera que surge la amistad entre nosotros. No les he hecho ningún regalo, pero han comprendido que tienen en mí un amigo fiel, que me entregaba a ellos. Los que trato aquí como buenos y verdaderos amigos son: **Ureg ag Uksem**, jefe de los Dag-Ghali; su hermano **Abahag Chikat ag Mohamed**, un hombre de sesenta y seis años que no sale mucho; y el hijo de este último, **Uksem ag Chikat** (que yo llamo mi hijo). Hay otros con los que tengo simpatía, pero con estos puedo contar para muchas cosas. A estos cuatro les puedo pedir cualquier cosa, información o



CARLOS DE FOUCAULD EN EL CENTENARIO DE SU MUERTE

servicio y estoy seguro de que harán todo lo posible por conseguirlo”.

En 1904, trató de llegar a ser hermano de todas aquellas personas que no podían entender su deseo de fraternidad. Pasado el tiempo, su enfermedad de 1908 fue crucial para su “segunda conversión”, pues era incapaz de hacer nada y se pudo recuperar gracias a la ayuda de los tuareg, que, debido a la gran sequía, se tenían que desplazar muy lejos en busca de leche para sanar al marabú. Así, poco a poco, se fueron creando vínculos entre ellos, convirtiéndose algunos en amigos.

Según la opinión del hermano **Antoine Chatelard**, sucesor de Foucauld en Tamanrasset, Foucauld podía desear ser hermano de todos, pero no podía ser el amigo de todos, como lo expresa en una carta a su amigo **Henry de Castries**: “Pasé todo el año 1912 en este poblado de Tamanrasset. Los tuareg son para mí una compañía muy consoladora, no puedo dejar de decir lo buenos que son conmigo y cómo he encontrado también en ellos personas rectas. Uno o dos de ellos son amigos de verdad, una cosa tan extraña y preciosa en todas partes” (*Lettres à Henry de Castries*, Grasset, París, 1938, 8 de enero de 1913, p. 196).

Y el 18 de diciembre dice en una carta a su prima: “Mis vecinos tuareg siguen siendo muy buenos conmigo, y por parte de los familiares de Uksem me muestran mucho afecto y una gran confianza” (*Lettres à Mme. de Bondy*, DDB, París, 1966, p. 225).

La amistad pide reciprocidad y tiene grados. Se van produciendo fuertes vínculos entre él y quienes lo acogieron. Al padre **Voillard**, en la carta del 12 de julio de 1912, le dice: “La confianza que me conceden los tuareg del poblado es cada vez más grande. Las amistades se vuelven más íntimas, y las nuevas amistades

que se forman, también lo son. Intento prestar el máximo servicio” (**CH. DE FOUCAULD**, *Correspondances sahariennes*, Cerf, París, 1998, p. 863).

Ahora bien, tanto sus amigos musulmanes como los ateos o agnósticos, como por ejemplo sus grandes amigos, **Gabriel Tourdes** y **Henry Laperrine**, o sus amigos judíos y protestantes de Francia, que visitó con el joven Uksem, todos forman parte de la misma relación de hospitalidad y de amor fraternal. Todos estos hombres y mujeres, muchos amigos de juventud, amigos del Sahara, tanto tuareg como franceses, musulmanes o cristianos, creyentes o no, todos los que contaba entre sus amigos ejercieron en él una influencia que dio forma a la evolución de su pensamiento y a su comportamiento humano, así como su fe y sus prácticas religiosas. Gracias a ellos, y sin que lo notase, se dejó humanizar, como se dejó moldear y convertir. ¡Remarcable reciprocidad para aquel que, al inicio, solo pensaba en dar y en convertir! Foucauld da testimonio, en medio de la lucha, de la violencia y de la desconfianza, de que otro tipo de relación es posible y de que la debemos realizar en el respeto, la aceptación y el amor. Incluso superó, en términos de actitud y relación, sus propias posiciones teóricas sobre el islam. Su relación con el islam no es tanto el descubrimiento de otra religión, que ya la conocía, si no el encontrarse con hombres y mujeres concretos, donde deposita toda su energía por entender y hablar su lenguaje y poder comprender su cultura.

III. PRACTICANDO EL APOSTOLADO DE LA BONDAD

Cuando Foucauld le dice en una carta a su amigo **Joseph Hours** que quizá tendrán que pasar siglos, como queriendo indicar “largo tiempo”,

para que brote la fe cristiana en los ambientes donde él se encuentra, hay que recordar lo que le expuso sobre “los medios a emplear para la evangelización” en su carta del 25 de noviembre de 1911: “Lo primero, preparar el terreno en silencio por la bondad”. Se trata de una bondad sin “ideología”, que es el punto más alto al que puede llegar el espíritu humano. Una bondad que crea la fraternidad, una bondad que puede existir evangelizando si no se reduce a una instrumentalización para conseguir conversiones, si no es una ideología disfrazada, pues la bondad, como la no violencia, pueden ser ideologías. Foucauld no va en pos del bien ni del triunfo de una causa, practica la bondad.

El padre Huvelin había invitado especialmente a Foucauld a la evangelización por la bondad. Veamos lo que dice en su carnet, escrito en Tamanrasset, en una página titulada *Lo que me ha dicho el padre Huvelin en mi viaje a Francia en 1909*: “Mi apostolado debe ser el apostolado de la bondad. Viéndome se deben decir: ‘Si este hombre es bueno, su religión debe ser buena’. Si se me pregunta por qué soy dulce y bueno, debo decir: ‘Porque soy el servidor de alguien más bueno que yo. ¡Si supieses cómo es de bueno mi Maestro Jesús!’. Quisiera ser tan bueno, que se pueda decir: ‘¡Si así es el servidor, cómo debe de ser el Maestro!’”.

Palabras que Foucauld entendía bien, pues el padre Huvelin y su prima **Marie de Bondy** habían actuado con la misma bondad silenciosa con él antes de su conversión: podía dar testimonio de que había sido esta mediación la que le había conducido a Dios.

El secreto de la vida del hermano Carlos estaba en la celebración de la Eucaristía y en su adoración prolongada. En una carta dirigida al padre **Guerin**, con fecha 2 de abril de 1906, da a entender que tendrá que separarse de Pablo, el antiguo esclavo rescatado de Béni Abbès y que había traído con él al Hoggar, por su comportamiento moral. Lo que le preocupa también es que no podrá celebrar la Eucaristía al no haber nadie con él, cosa imprescindible en aquellos momentos eclesiales, pues, de no ser así, se requería permiso. Concluye la carta con





estas palabras: “Mi alma se halla en paz absoluta. Estoy lleno de miserias, pero sin nada grave que me atormente. Soy feliz y estoy tranquilo a los pies del Bien Amado”.

IV. ESTUDIANDO SU LENGUA Y SUS COSTUMBRES

El 5 de julio, el hermano Carlos parte hacia el Assekrem, donde vive en una choza, a 2.900 metros de altura. Va a buscar allá arriba, con el frío y la tormenta, las almas de las que se ha hecho el pastor. La sequía ha alejado a los tuareg de las mesetas del Hoggar, llevándoles a ir a acampar en los valles de la Koudiat, donde hay un poco de pasto verde para los rebaños. Allí hay, por algún tiempo, gran cantidad de nómadas de diversas tribus, que intentan superar el hambre.

Se precisan tres días, por lo menos, para llegar al Assekrem, meseta rodeada por un paisaje fantástico

de cumbres, picos, mesas gigantes y pórticos esculpidos por la naturaleza en las cimas de las montañas de menor altura. Al norte y al sur nada detiene la vista. Recuerda las primeras edades de la tierra. Los grandes ríos saharianos, secos en la actualidad, se deslizaron por sus flancos. Por todas partes pueden advertirse las huellas de los lechos que abrieron y que siguen, unos hacia la laguna Taoudeni, otros hacia el Atlántico y otros en dirección al Níger, como el río sin agua Tamanrasset.

Carlos de Foucauld gustaba de aquella soledad, y lo expresaba así: “Es un hermoso lugar para adorar al Creador. Tengo la ventaja de tener muchas almas a mi alrededor y de estar solo en mi cumbre... Esta dulzura de la soledad la he experimentado en todas las edades, desde los veinte años, cada vez que he podido disfrutar de ella. Aun sin ser cristiano, amaba la soledad frente

a la hermosa naturaleza, con algunos libros; con mayor motivo debo apreciarla cuando el mundo invisible y tan dulce hace que, en la soledad, uno no se sienta nunca solo. El alma no está hecha para el ruido, sino para el recogimiento, y la vida debe ser una preparación para el cielo, no solo mediante las obras meritorias, sino también por la paz y el recogimiento en Dios. Pero el ser humano se ha lanzado en discusiones infinitas: la poca felicidad que encuentra en el ruido bastaría para demostrar cuán lejos le aparta de su vocación”.

En el Assekrem, lo mismo que en Tamanrasset, había elegido el lugar desde donde puede verse más. Su casa no era más que un corredor, construido con piedra y barro, tan estrecho que dos personas no podían pasar juntas. Pero en aquel pobre refugio había una capilla, además de libros, provisiones, etc., en cajones. Dormía en uno de estos que durante el día le servía de mesa. A su alrededor soplaban el viento, con ruido semejante al de la marea ascendente. El padre Huvelin le había mandado doscientos francos para ayudarlo a construir la ermita, y le regaló el altarcito de la capilla.

Allí, más de una vez por semana, recibe la visita de familias tuareg, que suben de los innumerables valles escondidos en la Koudiat. Es una peregrinación y un viaje de placer a la vez. Vienen de lejos, a veces de una, dos y aún más jornadas de viaje. Por lo tanto, es preciso descansar, cenar, pasar la noche... En una carta al padre Voillard, del 6 de diciembre de 1911, el hermano Carlos se expresa así: “Una o dos comidas tomadas en común, un día entero o medio día pasado juntos, relacionan más estrechamente que un gran número de visitas de media hora o de una hora, como en Tamanrasset. Algunas de estas familias son relativamente buenas, tan buenas como pueden serlo sin el cristianismo. Estas almas se guían por las luces naturales; aunque de fe musulmana, son muy ignorantes del islam y no han sido muy mimadas por él. Por este lado, la obra que se hace aquí es muy buena. Por último, mi presencia es motivo para que los oficiales vengan al corazón mismo del país”.

El resto del día el hermano Carlos reza o trabaja. Vive con él un informante tuareg, a quien da

CARLOS DE FOUCAULD EN EL CENTENARIO DE SU MUERTE

veinticinco céntimos por hora por el trabajo lingüístico. El enorme trabajo que se realiza, la austeridad de vida y el frío de la llegada del invierno hacen que, a principios de diciembre, regresen a Tamanrasset, donde lleva la vida habitual. Y allí se entera de la guerra existente entre los italianos y los árabes de Tripolitania. Sus amigos se sienten inquietos por la repercusión que aquella guerra puede tener en el Sahara. Contesta a uno de ellos: “Tranquilízate, el Sahara es grande; indudablemente, los turcos hacen todo lo posible por predicar la guerra santa entre las tribus árabes de Tripolitania, pero eso no nos afecta. Los tuareg, que son tibios musulmanes, sienten la misma indiferencia por la guerra santa que los turcos y los italianos. Todo eso les tiene sin cuidado; lo único que les interesa son sus ganados, los pastos y las cosechas”.

V. AYUDANDO EN LA PROMOCIÓN INTEGRAL DE SUS AMIGOS

En cada una de las páginas de la voluminosa correspondencia del ermitaño de Tamanrasset se advierte preocupación por intentar conseguir los mejores medios humanos para elevar a aquel pueblo. Para él, la civilización “consiste en estas dos cosas: instrucción y dulzura”. Se interesa por todo aquello que pueda ayudar a proteger a los niños, liberar a los esclavos, instruir a los ignorantes y establecer a los nómadas en lugares fijos. Por esto se regocija de la próxima llegada de un comité compuesto por ingenieros, oficiales y geólogos, encargado de estudiar el trazado definitivo del ferrocarril transahariano, y de la noticia de que Marruecos ha pasado a ser protectorado de Francia. Pero en la contestación de una carta ya apunta lo siguiente: “Si

no cumplimos con nuestro deber, si explotamos en vez de civilizar, lo perderemos todo, y la unión que hemos hecho con este pueblo se volverá contra nosotros”.

Llevado por su afán de civilizar, como él lo concibe, proyecta un viaje a Francia acompañado por un joven tuareg. Para esto comienza a preparar a la señora De Blic y a sus primos de Francia, para que reciban a ese visitante vestido con una túnica y que lleva los cabellos trenzados y las mejillas cubiertas con un velo azul. Pero, antes de iniciar aquel viaje, el candidato se ve precisado a salir con la caravana integrada por casi todos los hombres válidos del país, para ir en busca de mijo a Damergou.

Tanto la primavera como las demás estaciones del año encuentran al hermano Carlos en su ermita trabajando con sus manuscritos y libros. Termina el diccionario y se lo manda a Renato Basset para que lo publique “bajo el nombre de nuestro común amigo, el señor de Motylinski”.

VI. SIENDO UN EVANGELIO VIVO

En el artículo XXVIII del Directorio, Foucauld repite una y otra vez que los hermanos y las hermanas tienen que ser “una predicación viva (...), un Evangelio vivo: las personas alejadas de Jesús, y especialmente las infieles, deben, sin libros y sin palabras, conocer el Evangelio viéndoles vivir su vida”. Su pasión por anunciar el Evangelio, el querer “la salvación de las almas”, no le hacen fanático; al contrario, es consciente de que los caminos de los corazones humanos son impenetrables, y de que se trata de respetarlos. Foucauld sabe bien, por ejemplo, que Moussa ag Amastan es un “piadoso musulmán” y que no es cuestión de usar ante él ningún método misionero o proselitista, ni presionarlo para convencerlo a

toda costa. En una carta del 1 de enero de 1914, agradece a su prima el que rece por Ouksem: “Él, su padre, su abuelo, su madre y otros son almas de buena voluntad, y dejar de creer en lo que siempre se ha creído, en lo que siempre se ha visto creer a su alrededor, lo que creen aquellas personas a quienes ama y respeta, es difícil”. Las dos últimas palabras de su carta, “recemos y esperemos”, resumen perfectamente su pensamiento de una esperanza inquebrantable.

En una carta a R. Bazin, del 29 de julio de 1916, Foucauld se ve como “un misionero aislado”, pues, a diferencia de los misioneros que trabajan juntos y realizan un ministerio tradicional, él es uno de esos misioneros “muy raros”: “Los misioneros aislados”. ¿Cuál es la naturaleza de este aislamiento? Una “soledad en medio de poblaciones muy diseminadas y, más aún, alejadas de espíritu y de corazón” del cristianismo. El estatus del misionero aislado es el de “desbrozador”, como cuando, treinta y cinco años atrás, lo realizó en su “reconocimiento de Marruecos”, tomando realmente el “oficio de desbrozador”. Y, a continuación, expresa su deseo fundamental: “Hay muy pocos misioneros aislados haciendo el oficio de desbrozador; quisiera que hubiera muchísimos”. ¿Quiénes serían estos? Y vemos que nombra como misioneros de este tipo tanto a laicos como a sacerdotes; quisiera que todo sacerdote que se encuentre en las colonias forme sus parroquias del futuro con “misioneros aislados”. El deseo más ardiente de Foucauld es la multiplicación de “desbrozadores”.

En una comunicación que hizo Foucauld en enero de 1903 para el Congreso de los sacerdotes-apóstoles de Montmartre –comunicación que hace referencia a Marruecos, donde



espera establecerse como “Hermanito del Sagrado Corazón”, es decir, como monje contemplativo dado también a la caridad-, habla del “primer surco” que hay que cruzar antes de enviar misioneros predicadores; así, para efectuar esta tarea, ve la necesidad de una congregación de vida contemplativa y de caridad: los Hermanitos del Sagrado Corazón serían de este tipo, pero estamos todavía en el primer modelo de “Nazaret”: una vida de oración y de proximidad fraterna. Ahora, en 1916, no se trata de contemplativos, sino de “misioneros” como tales, en vanguardia, “aislados”, haciendo el “oficio de desbrozadores”. Hay que “desbrozar la tierra antes de sembrarla”, escribe el 11 de diciembre de 1912 a su amigo **Fitz-James**, habiendo precisado que, para él, “desbrozar” significa “tomar contacto, hacerse querer, inspirar estima, confianza, amistad”.

VII. EL GERMEN DE UN CAMBIO: LOS ÚLTIMOS AÑOS DE SU VIDA

Hasta principios de 1908, tiene para él el estatuto de monje-en-país-de-misión, como puede verse en la carta que escribe a su cuñado **Raymond de Clic**: “Continúo monje, en país de misión, monje-misionero, pero no misionero”. Y señala como signo evidente de este estado monástico: “Me vienen a ver, yo no voy a ver a nadie. Estoy en mi clausura”.

Pero un lento trabajo interior ha empezado a operarse desde 1907: para él, la idea de eremita, de monje de clausura ha sido modificada. En este año viaja durante muchos meses; en Argelia, visita las misiones de los Padres Blancos; y a su vuelta a Tamanrasset, en julio de 1907, es consciente de que hay que dar un paso más. El choque que ha experimentado lo expresa en su carta del 1 de junio de 1908 a monseñor Guerin: “Pienso mucho, mucho en los tuareg... Y, al mismo tiempo, es en todo el Sahara en quien pienso. Es evidente que usted no puede hacer nada si no encuentra el medio de multiplicar y agilizar sus instrumentos, de manera que pueda tener, por un lado, muchos más obreros, y, por otro, obreros que escapen a las trabas que ponen los que ahora tiene”.



Este choque le ha provocado un auténtico cambio. Dice, además, en la misma carta: “El pensamiento de una especie de tercera orden que tenga por finalidad la conversión de los infieles me ha venido a la cabeza este último septiembre durante mi retiro. Después me ha venido reiteradas veces”. Y añade: “Conversión que es en el momento presente un deber estricto para los pueblos cristianos en los que la situación ha cambiado totalmente en relación a los infieles: por un lado, los infieles están casi todos sujetos a los cristianos; por otro, la rapidez de las comunicaciones y la explotación del mundo entero dan un acceso bastante rápido a todas partes; de estos dos hechos se deriva un deber muy estricto, especialmente los pueblos que tienen colonias: el de cristianizar. Haría falta, no en todas partes, sino en países que tienen dificultades especiales como las que usted tiene, misioneros al estilo de santa **Priscila** de los dos sexos, ya sea que se les rebusque por aquí o por allá, sea que se les agrupe para darles una preparación común antes de enviarlos; parece que se les podría rebuscar aquí o allá y que podríamos encontrar dónde ‘probarlos’ y ‘prepararlos’. Usted conoce mi deseo antiguo de ser misionero al estilo de santa **Priscila**”.

Esta evolución se percibe muy bien en el retiro que hizo en septiembre

de 1907: “Viviendo entre los pueblos infieles más abandonados” y –añade– “hacer todos los actos útiles” para la evangelización de los infieles, no estando solamente “entre ellos”. Esto le llevará a concretar en la redacción de los estatutos de una cofradía y el deseo de viajar a Francia para que el padre Huvelin y monseñor Bonnet den validez a su proyecto.

Este cambio le irá conduciendo poco a poco a una nueva concepción de su vida. A partir de 1913, Foucauld ya no se considera dependiendo del *Reglamento* de los Hermanitos del Sagrado Corazón de Jesús. Tiene un horario parecido al de un sacerdote secular, ya no se somete a restricciones de alimentación y ayuno excesivo, ya no lleva el emblema del corazón y la cruz en su túnica, ya no firma más como “hermano Carlos de Foucauld”, sino “Carlos de Foucauld”. Para el horario, alimentación, vestidos, trabajo, etc., sigue el *Directorio* de la Unión. Se puede afirmar, pues, que, a partir de 1913 y para los tres últimos años de su vida, Foucauld no es más “un hermanito del Sagrado Corazón de Jesús”, sino uno de los miembros de “la Unión de Hermanos y Hermanas del Sagrado Corazón de Jesús”. Ya no hay más clausura ni insignia para singularizarlo; es un hombre orientado hacia una vida de testigo del Evangelio en un medio que ha llegado a ser el suyo.

VIII. MISIONEROS EN AVANZADILLA

El padre Peyriguère pudo realizar lo que no pudo realizar Foucauld: instalarse en Marruecos y vivir treinta años, hasta su muerte el 26 de abril de 1959, en El Kebab, pequeño pueblo del Medio Atlas marroquí y “experimentar la vida de monje misionero siguiendo la tendencia de la carta del 13 de mayo de 1911”, escribe el 27 de agosto de 1937 (A. Peyriguère, *Laissez-vous saisir par le Christ*, Seuil, París, 1981, p. 106). Habla de su “vida de misionero” (27 de julio de 1945). “Intento poner a punto la espiritualidad misionera del padre Foucauld” (20 de septiembre de 1946). “Ha llegado el momento de sacar lo que tiene de profundamente original y muy adaptado a las necesidades del apostolado de hoy este mensaje tan rico” (4 de noviembre de 1947). “Su talla, en la Iglesia misionera, es una talla de gigante” (14 de abril de 1948). Así, podemos decir que el pensamiento del padre Peyriguère es claro. Se trata de la Misión.

En el curso de su segundo viaje a Francia, Foucauld pasó un día en Notre-Dame-des-Neiges, el 20 de febrero de 1911, y fue invitado a dirigirse a los monjes. Algunos días después de su paso, el padre Antonin Audigier le escribió, por él o por otros, pidiéndole más precisiones sobre su vida en Tamanrasset. Foucauld le responde con una larga carta para describir su vida y sus proyectos en el Sahara, donde él lleva –como dice– una vida de “monje misionero”. Y marca este principio: “Establecimiento entre los pueblos infieles, los más abandonados, haciendo todo lo posible para su conversión”. Foucauld busca para la evangelización misioneros, ya sean monjes, sacerdotes, laicos, casados o solteros, es decir, de todos los estados de vida. Y, como escribe al padre Antonin, que es monje, precisa que incluso pueden vivir como “ermitaños” o como “pequeños grupos de tres o cuatro”, pero “sin querer formar monasterios”, remarca él. En resumen, lo que pide a todos es ser hombres y mujeres de oración, de relación con Dios y, al mismo tiempo, imitando lo que hacía Jesús en Nazaret. En una palabra: ser hombres y mujeres que anuncien el Evangelio.

En el Sahara, estos “monjes misioneros” tienen que ser, a la manera de Foucauld, “como avanzadilla, hechos para preparar los caminos y ceder el lugar (...)”, hasta que el terreno esté desenredado”. Al mismo tiempo, otros –por ejemplo, personas casadas– vivirían también, a su manera, esta vida misionera de desenredadores. E incluso, ¿no había osado pensar en 1909, después de su encuentro con monseñor Bonnet, en fórmulas mixtas? “Sacerdotes misioneros, de incógnito, nadie conocería su cualidad de sacerdotes, serían un gran bien”, escribió entonces. Seguramente, había pensado esto para dar la vuelta a la prohibición de las autoridades francesas de que haya sacerdotes predicando abiertamente contra el islam; pero, al alba de este siglo, tenía un aspecto profético, como se puede ver en países totalitarios: sacerdotes secretos ejerciendo un trabajo solitario. ¿No dijo Foucauld: “Pasarán inadvertidos bajo el aspecto de agricultores, comerciantes, sabios, etc.”? Se puede ver cómo el Nazaret de 1916 ha cambiado en relación al de 1901. El Nazaret de 1916 permanece, ciertamente, en una vida de oración, de trabajo, de fraternidad cotidiana, pero es una vida que se propone

a los sacerdotes, laicos, religiosos, religiosas, casados o solteros, a todos: no está reservado para los “religiosos” y es, fundamentalmente, una vida de “desbrozamiento evangélico”, una vida misionera tal cual.

Así, Foucauld en 1916 se declara sin ninguna ambigüedad “misionero”. No es “un monje en misión especial”, sino un sacerdote secular que vive en país de misión y que ha llegado a ser plenamente “misionero”, “desbrozador”, “en avanzadilla”, “misionero aislado” en medio de poblaciones no cristianas. Y él quisiera convencer al mayor número posible de bautizados, hombres y mujeres de todas clases, a entrar en este camino; los desenredadores pueden ser tanto sacerdotes como laicos. Al laico que es Joseph Hours le comunica el 28 de abril de 1916, una vez más, la necesidad que hay de “Priscila y Aquila”: “Pido contigo a Dios hagamos como Priscila y Aquila. Dirijámonos a todos aquellos que nos rodean, a los que conozcamos, a quien está cerca de nosotros; tomemos para cada uno los medios mejores, con uno la palabra, con otro el silencio, con todos el ejemplo, la bondad, el afecto fraterno. Y cita al apóstol Pablo: “Hacernos todo a todos para ganar a todos para Jesús”. ●

